

INTRODUCCION

Para la posteridad, Tito Livio ha sido siempre, antes que nada, un historiador. Ya Séneca el retórico, padre del filósofo y abuelo de Lucano, que era pocos años más joven que él y lo había conocido personalmente en los círculos literarios de Roma donde el paduano era famoso, al nombrarlo en la *Suasoria* sexta lo incluye entre los historiadores —*historicos*— como una clase de escritores distinta de los rétores o declamadores. También lo aprecia como crítico literario, pero el juicio estilístico de Livio que reproduce el retórico cordobés se refiere a autores de historia. En una comparación de pasajes de Salustio y Tucídides, Livio daba la palma al ateniense al analizar palabra por palabra una frase de este último que el romano había adoptado, no sin merma, según Livio, de sus valores literarios. Séneca declara no estar conforme con esa estimación, porque la versión salustiana ganaba por el rigor de su *brevitas* al original griego (SEN., *Contr.* VIII 1, 13-14). En otro lugar, el propio Séneca menciona también a Livio citando en griego a un rétor helénico, Milcíades, que opinaba sobre las distintas clases de oradores y sus estilos (*ib.* IX 2, 26).

La colección de *Controversias* y *Suasorias* de Séneca el Mayor fue recopilada veinte años después de la muerte de Livio. Pero su nonagenario autor parece haber reflejado con fidelidad el ambiente del período en que el historiador vivía y era aceptado como una autoridad literaria también en la retórica.

En esa misma *Suasoria* sexta, antes citada, es donde Séneca incluye el relato de Livio sobre la muerte de Cicerón, que es el más extenso de los fragmentos del historiador conservados por tradición indirecta. Pero lo que ahora me interesa destacar en este breve prefacio a la introducción de mi edición y traducción de los libros I y II de Tito Livio, es que Séneca no sólo lo designa con el apelativo de *historicus*, sino que aduce su texto como un testimonio indiscutible de lo que en realidad había ocurrido cuando por exigencias de Marco Antonio fue asesinado Cicerón el 6 de diciembre del año 43 a. C.: conociendo el texto de Livio, afirma el anciano Séneca, sus hijos, para quienes éste compone su obra, poseerán la verdad —*uerum*—, independientemente de lo que cuenten los meros profesores de retórica en sus ejercicios de clase. Livio era para Séneca un historiador veraz y digno de crédito

En los siglos XIII y XIV empieza una progresiva y pronto casi completa recuperación de Livio, perdido o eclipsado en las centurias precedentes, que culminaría Petrarca hasta un total de 29 libros, a los que se añadirían después seis más y dos fragmentos de otros. Pues bien, un poco antes de Petrarca, Dante, al escribir el canto XXVIII del Infierno de la *Comedia*, compone un verso que parece un eco del viejo texto senecano: «come Livio scrive, che non erra». En el libro segundo del *De Monarchia* (II 3, 6) el propio Dante había definido a Livio como *gestorum Romanorum scriba egregius: historicus, gestorum ... scriba*. Es lo mismo que había escrito acerca de Livio San Jerónimo en los lugares de su *Crónica* en que da la fecha de su nacimiento y de su muerte, *Titus Liuius Patavinus scriptor historicus* y *Titus Liuius historiographus*, respectivamente.

En el Renacimiento fue, además, otra cosa: un manual de ciencia política, igual para quien veía en la historia de Roma un esquema válido para todas las situaciones y edades, como

Maquiavelo, que para los que, opuestos a estas tesis, acudían, sin embargo, a la información de Tito Livio para extraer ejemplos o enseñanzas, como Guicciardini.

Pero de todo eso me ocuparé en el capítulo de esta introducción en que haya de tratar de la influencia —y presencia— de Livio en la posteridad: lo que los alemanes llaman «das Fortleben».